

CAPITULO PRIMERO

LOS ANGELES

§ 118.

La existencia de los ángeles

1. *Dios ha creado los ángeles* (dogma).—Así se define, tanto en el Cuarto Concilio Lateranense (D. 428), como en el Concilio Vaticano (sesión tercera, capítulo primero, D. 1783).

2. *a)* De los seres celestiales a quienes nosotros llamamos ángeles, el AT dice que son enviados, mensajeros, espíritus, hijos de Dios (miembros de la familia divina), centinelas, habitantes del cielo, ejércitos celestes. En cierto sentido, los ángeles forman la corte de Dios y son enviados por él a los hombres para que, como instrumentos suyos, actúen en la Historia de la Salvación.

Cuando Dios arrojó al primer hombre del paraíso, puso al este del jardín del Edén un querubín con espada flamante, para que guardase el camino que conducía al árbol de la vida (*Gen.* 3, 24). El ángel del Señor dijo a Agar que regresase a su casa (*Gen.* 16, 7 y sigs.). Los dos hombres que acompañaban al Señor cuando anunció a Abrahán la destrucción de Sodoma y Gomorra, son llamados ángeles (*Gen.* 18). Ellos sacaron a Lot de las ciudades condenadas a ser destruídas. Los habitantes que querían asaltar la casa

de Lot fueron cegados por ellos, de modo que se esforzaron en vano por encontrar la entrada. El Señor les ha encargado exterminar las ciudades, a causa de su corrupción (*Gen.* 19). El ángel del Señor dice a Abrahán, desde lo alto, que no sacrifique a su hijo (*Gen.* 22, 11 y sigs.). Jacob vió en sueños cómo los ángeles subían y bajaban por la escalera que unía el cielo con la tierra (*Gen.* 28, 12). Cuando Jacob se hubo reconciliado con Labán, se le aparecieron ángeles de Dios, y Jacob los llama campamento de Dios (*Gen.* 32, 2 y sigs.). El ángel del Señor se le apareció a Moisés en medio de una llama de fuego (*Ex.* 3, 2). El ángel acompaña a Israel, protegiéndolo durante la salida de Egipto (*Ex.* 14, 19). Dios promete al pueblo que su ángel marchará delante hasta que haya llegado a la tierra prometida (*Ex.* 23, 20-23). El ángel del Señor se presenta ante Balam blandiendo una espada (*Num.* 22, 22 y sigs.). Delante de Jericó, Josué vió a un ángel que estaba delante de él, blandiendo una espada, que declara ser el jefe del ejército del Señor; anima a Josué a conquistar la ciudad (*Ios.* 5, 13 y sigs.). El ángel del Señor reprocha a Israel su infidelidad y anuncia el juicio de Dios (*Iudith* 2, 1 y sigs.), llama a Gedeón (*Iudith* 6, 11 y sigs.), predice el nacimiento de Sansón (*Iudith* 13, 3 y sigs.). Habíéndosele preguntado cuál es su nombre, responde que se llama "admirable" (*Iudith.* 13, 18). Un ángel lleva a cabo el castigo impuesto a causa del orgullo de David. Cuando Dios le ordena que retire la mano justiciera, el ángel le obedece (*Sam.* 24, 16 y sigs.). *Reg.* 13, 18, cuenta que un ángel, en virtud de un decreto divino, puede comunicar mensajes a los profetas. A Elías se le aparece un ángel cuando huye de Jezabel, le despierta y le da de comer para que pueda seguir caminando (*III Reg.* 19, 5 y sigs.). Un ángel ordena a Elías que anuncie el castigo divino al mensajero del rey de Samaría (*IV Reg.* 1, 3 y sigs.). El ángel del Señor destruye el ejército del rey asirio Senaquerib (*IV Reg.* 19, 35-37). El ángel Rafael fué el compañero del joven Tobías (*Tob.* 3-12).

Los ángeles ayudan a los Macabeos en su guerra de liberación. "En lo más duro de la pelea se les aparecieron en el cielo a los adversarios cinco varones resplandecientes, montados en caballos con frenos de oro, que, poniéndose a la cabeza de los judíos y tomando en medio dos de ellos al Macabeo, le protegían con sus armas, le guardaban incólume y lanzaban flechas y rayos contra el enemigo, que, herido de ceguera y espanto, caía" (*II Mac.* 10, 29 y sigs.). Más tarde, cuando la gente de los Macabeos se hubo enterado de que Lisias sitiaba las fortalezas, piden al Señor, jun-

to con el pueblo, que les envíe un ángel bueno para salvarles. A continuación, el Macabeo empuña las armas y anima a los otros a no temer el peligro. De este modo entran en la pelea. Todavía se hallaban en las cercanías de Jerusalén, cuando se les aparece un jinete vestido de blanco, con armas de oro, que marcha delante de ellos. Todos alabaron al Dios misericordioso y cobraron tantos ánimos, que estaban dispuestos a acometer, no sólo contra los hombres, sino también contra animales salvajes y murallas. En buen orden siguieron marchando, precedidos del auxiliar celestial que la benevolencia de Dios les había enviado. Como leones se arrojaron sobre el enemigo y le obligaron a huir (*II Mac.* 11, 6 y sigs.).

En el libro de Job se describe cómo los “hijos de Dios” caminan delante del Señor (1, 6), cómo aclaman y aplauden cuando Dios creó la tierra (30, 7). Isaías vió cómo los serafines estaban delante de Dios, y oyó cómo el uno gritaba al otro: “¡Santo, santo, santo, es el Señor de los Ejércitos! Toda la tierra está llena de su gloria.” Tan potente era esta exclamación, que temblaban los umbrales de las puertas. Un serafín purificó con un carbón ardiente los labios del profeta (6, 1 y sigs.). Ezequiel vió cuatro seres de aspecto apenas descriptible, llamados querubines, caminando en una nube de fuego flameante, arrastrada hacia el Norte por la tormenta (1 4-25). El ángel del Señor entró con Azarías y sus compañeros en el horno en que habían de ser quemados, e hizo que la llama de fuego saliese hacia afuera, de suerte que el fuego no los tocó (*Dan.* 3, [49]; cfr. 6, 23). Daniel mismo tuvo una visión en que se le apareció un ángel. Un día, hallándose a orillas del Tigris, vió que un hombre vestido de lino estaba delante de él. Llevaba un cinturón de oro puro. Su cuerpo resplandecía como si fuese de crisólito y su semblante era como un relámpago. Sus ojos eran como brasas de fuego. Sus brazos y pies parecían de bronce bruñido. El sonido de su voz era como rumor de muchedumbre. En primer lugar, Daniel experimenta una impresión de miedo y temor, y habiéndolos superado, después que el ángel le hubo infundido ánimos, oyó la futura historia de los destinos de su pueblo relatada por el ángel (10, 4-21). El ángel del Señor lleva a Habacuc a Babilonia para que consuele y fortalezca a Daniel (*Dan.* 14, 32 y sigs.). En el libro de Daniel leemos los nombres de algunos ángeles. Uno se llama Gabriel (9, 21), otro Miguel (10, 13, 21; 12, 1). En la visión de Zacarías sobre el reino de Dios futuro se dice que los ángeles son instrumentos y

servidores de Dios (1, 8 y sigs.). Especialmente entra en escena un ángel, que explica a Zacarías las visiones que ha tenido.

b) Este resumen demuestra que en los escritos posteriores al exilio, la creencia en la existencia de los ángeles juega un papel más importante que en la época anterior. De este modo queda planteado el problema de la relación entre la angelología bíblica y semejantes creencias de *Babilonia* y *Persia*. Al parecer, esta creencia parece haber adquirido nuevo auge bajo la influencia ejercida por ideas babilónicas. Nada nos impide admitir que la angelología bíblica y la cristiana de los primeros tiempos fueron influenciadas, en parte, por doctrinas similares asirio-babilónicas e iránicas. Hay que observar, no obstante, que las ideas extrabíblicas relativas a los ángeles se derivan de una revelación original, habiéndose mezclado en el transcurso del tiempo con especulaciones míticas, supersticiosas y fantásticas. El creyente, sin recibir nuevas enseñanzas divinas, podía descubrir, a través del conjunto de errores que le desfiguraban, el contenido verdadero de las ideas relativas a los ángeles, enriqueciendo de este modo su fe revelada (cfr. § 13). Conviene tener en cuenta, además, que a pesar de las semejanzas que median entre la angelología bíblica y extrabíblica, las diferencias son fundamentales, de modo que no se puede establecer una relación demasiado estrecha entre la primera y la segunda. En la angelología bíblica faltan las supersticiones que desfiguran la otra. Los seres que forman la corte celestial de Dios son criaturas, según la Sagrada Escritura, y son infinitamente inferiores a Dios. Los ángeles del mundo extrabíblico son seres divinos. En la Revelación del AT, el hombre tiene que habérselas con Dios y solamente con El (Köhler, *Theologie des AT*, 147).

Con frecuencia se habla en el AT del "ángel de Dios" (cfr. vol. I § 44). Con dificultad se podría decir de quién se trata aquí. En *Gen.* 32, 22-32 se describe dramáticamente su aparición y actividad. Mientras Jacob, en la soledad de la noche, espera con temor y temblor el encuentro con su hermano Esaú, es atacado por un hombre. Los dos luchan hasta la madrugada. El misterioso enemigo no puede vencer a Jacob ni siquiera puede desasirse de él. No obstante, con un pequeño movimiento de la mano paraliza a Jacob. Este le pregunta quién es, sin tener respuesta alguna. A Jacob le da un nombre nuevo: "No te llamarás Jacob, sino Israel, pues has luchado con Dios y con hombres y has vencido." El misterioso ser se llama, pues, a sí mismo Dios y muestra su superioridad paralizando a Jacob. Este, volviendo sobre sí, después que ha pasado la tensión mortal de esta hora terrible, experimenta la presencia de Dios: "He visto a Dios cara a cara y ha quedado a salvo mi vida." Al mismo tiempo, el misterioso ser es débil. Quizá podría explicarse este pasaje diciendo que Dios quiere que el

hombre sea un ser libre y responsable de sus acciones, de modo que contiene su fuerza, por decirlo así, para que el poder divino no aplaste y destruya la libertad humana. Así, pues, el "ángel del Señor" es Dios mismo en cuanto que interviene activamente en la Historia humana, en cuanto que da forma y estructura a la Historia del hombre. Véase Guardini, *Der Engel*, en "Schildgenossen", 17, 1938, 295-299. Kittel, *Wörterbuch zum NT*, I, 76.

3. También en el NT los ángeles contribuyen al desarrollo del reino de Dios. Se complacen en la subyugación del mal (*Lc.* 15, 7. 10). El ángel del Señor, llamado Gabriel, predice el nacimiento y misión de San Juan (*Lc.* 1, 11-20). El mismo ángel anuncia a María que ha de ser la madre de Dios (*Lc.* 1, 26-28). Un ángel dice a José que no se inquiete por lo que el Espíritu Santo ha obrado en María (*Mt.* 1, 20-25). Un ángel del Señor anuncia a los pastores el nacimiento del Mesías. Un numeroso grupo de ángeles ensalza a Dios por su misericordia en los campos de Belén (*Lc.* 2, 9-15). Un ángel anuncia a José que debe huir a Egipto con María y el niño, y le manda regresar cuando ha pasado el peligro (*Mt.* 2, 13, 19 y sigs.). Los ángeles sirven a Cristo cuando éste se retira al desierto, impulsado por el Espíritu, permaneciendo allí cuarenta días (*Mc.* 1, 13; *Mt.* 4, 11). El Padre podría enviar doce legiones de ángeles si éste se lo pidiese, y los ángeles le protegerían, pero ¿cómo se cumpliría entonces la Escritura? (*Mt.* 26, 53 y sigs.). Un ángel del cielo se aparece a Cristo en la hora de su agonía y le consuela (*Lc.* 22, 43). Luego que las mujeres hubieron constatado con sorpresa que el sepulcro estaba vacío, vieron dos hombres con vestidos resplandecientes, los cuales les anunciaron la resurrección del Señor (*Lc.* 24, 1-7). San Juan los llama ángeles (*Io.* 20, 12).

Dos hombres vestidos de blanco se aparecen a los apóstoles cuando ven cómo el Señor desaparece en una nube (*Act.* 1, 10), y les anuncian la segunda venida (*Act.* 1, 11). Un ángel abre las puertas de la prisión en que estaban encarcelados los apóstoles y les manda que se presenten en el templo y anuncien al pueblo la palabra de la vida (*Act.* 5, 18-20). Un ángel del Señor puso en camino a Felipe para que convirtiera al tesorero de la reina de Etiopía (*Act.* 8, 26). Un ángel se le apareció a San Pedro, de modo que la prisión quedó inundada de luz, las cadenas cayeron de sus manos. El ángel le dice que le siga. La puerta se les abrió por sí misma y pasaron las guardias sin que nadie les detuviese (*Act.* 12, 6-11). Un ángel del Señor ordena al centurión que vaya a presentarse a San Pedro, que le dirá lo que tiene que hacer (*Io.* 3-7). Cuando San Pablo fué llevado prisionero a Roma, se levantó junto a Creta un viento

impetuoso que puso en peligro la vida de todos los pasajeros; por la noche se le apareció a San Pablo un ángel del Señor “cuyo soy y a quien sirvo, que me dijo: No temas, Pablo, comparecerás ante el César, y Dios te hará gracia de todos los que navegan contigo” (*Act.* 27, 21-24). San Pablo conjura a su discípulo Timoteo ante Dios, Jesucristo y “los ángeles elegidos”, que se guarde de todo espíritu de parcialidad (*I Tim.* 5, 21).

Miríadas de ángeles constituyen la Jerusalén celestial, la asamblea festiva en que es admitido el bautizado (*Hebr.* 12, 22-24). Proporciones gigantescas poseen los ángeles de que habla la Apocalipsis. Por medio de su ángel anuncia Cristo a su servidor Juan lo que ha de suceder, para consolar de este modo a los fieles en sus tribulaciones (1, 1). Un ángel se coloca delante del libro sellado proclamando en voz alta: “¿Quién es digno de abrir el libro y de romper sus sellos?” (5, 2 y sigs.). Sólo es digno el Cordero que ha sido sacrificado. Estando contemplando esta escena, Juan percibe el rumor de muchas voces en torno del trono de Dios. Eran las voces de miles y miles de ángeles. Todos cantaban en voz alta: “Digno es el Cordero, que ha sido degollado, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría y la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición.” Y todas las criaturas en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra y en el mar, y todo cuanto hay en ellos, respondían: “Al que está sentado en el trono y al Cordero, la bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos” (5, 11-13). Otros cuatro ángeles, en los confines de la tierra, sujetan a los vientos (7, 1). Siete ángeles están delante de Dios y tienen trompetas en las manos. La tierra se estremece cuando hacen sonar las trompetas (8, 1-11, 15). Otro ángel coge un incensario, lo llena de fuego y lo arroja a la tierra (8, 5). El más imponente entre todos es el que San Juan vió descender del cielo. Le rodea una nube y sobre su cabeza resplandece un arco iris, su semblante brilla como el sol y los pies son como columnas de fuego. Apoya el pie derecho sobre el mar, y el izquierdo, sobre la tierra. Su voz es como el bramido de un león (10, 1-3). En el transcurso de la visión, Juan vió cómo San Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón y sus ángeles. El dragón gigantesco, la vieja serpiente, llamado también diablo y Satanás, y que trata de seducir al mundo entero, es arrojado a la tierra y con él son arrojados todos sus ángeles (12, 7-13). A pesar de que persigue a Cristo por todos los medios, no puede impedir el triunfo final del Señor. Los ángeles son mensajeros y servidores del Señor.

Todos los ángeles constituirán el cortejo del Señor cuando éste venga a juzgar al mundo (*Mc.* 8, 38; *Mt.* 16, 27; 25, 31). El Hijo del hombre enviará sus ángeles “con poderosa trompeta”, los cuales reunirán a los escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro (*Mt.* 13, 39-41-49; 24, 31; *Mc.* 13, 27).

4. La Escritura enseña, pues, que los ángeles son seres reales y personales. Si de las descripciones de la Sagrada Escritura se pretendiese deducir el *carácter mitológico* de los ángeles, habría que responder que si la Escritura habla de los ángeles de tal modo, lo hace para expresar la superioridad de estos seres si se les compara con lo humano. Carece de fundamento el empleo de la palabra mitología, puesto que los ángeles aparecen como criaturas y no se dice de ellos que sean seres semejantes o iguales a Dios. Por eso, los ángeles de que nos habla la Sagrada Escritura son seres totalmente distintos de las figuras angélicas que encontramos en la literatura moderna, sobre todo en Hölderlin y Rilke. La angelología cristiana se presenta aquí completamente mitologizada. En Hölderlin, los ángeles son los señores divinizados de la historia patria, patronos y ejemplares, íntimamente unidos con ella. En R. M. Rilke, completamente desprendidos de toda relación con el Dios de la Revelación, son testigos y garantes, a los cuales se debe que lo invisible posea una realidad superior a la de lo visible. Son manifestaciones concretas e intensas de la realidad (R. Guardini, *Der Engel in Dantes göttlicher Komödie*, Leipzig, 1937, 40 y sigs.).

5. La existencia de los ángeles es un *misterio* que el hombre no habría podido descubrir sin la Revelación. No obstante, la razón humana puede demostrar que no es en modo alguno absurda su existencia. Ante aquélla se presenta ahora la Creación a modo de una construcción jerárquicamente estructurada, subiendo desde la realidad puramente material, a través de la psíquico-material hasta la puramente espiritual. Sin la existencia de los ángeles faltaría una de las formas de ser que parece exige la actual Creación. Esto ocasionaría una nueva creación. Véase el § 110.